

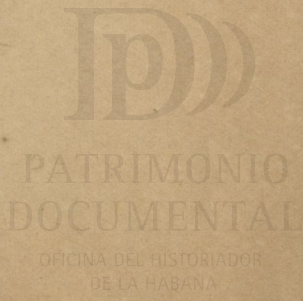
Relaciones Exteriores

La personalidad nacional de Cuba está quebrantada. Es preciso que por un supremo esfuerzo recobre su antiguo prestigio. He ahí el problema trascendental que toca resolver al nuevo Gobierno. Acontecimientos conocidísimos trastornaron el principio patriótico de la República. Errores muy significados de todas las administraciones cubanas hicieron que las prerrogativas autonómicas de la nacionalidad se renunciaran con un procedimiento inconsciente, inexcusable. La primera quiebra en este sentido fué la elección de Don Tomás Estrada Palma para Presidente de la República. Si en aquel entonces los cubanos se resisten a la imposición del gobierno de McKinley quizás no hubiéramos sido soberanos el 20 de mayo de 1902, pero sí en cualquier otro 20 de mayo, con facultades más en concordancia con nuestras aspiraciones y sacrificios. Se quiso la libertad de todos modos y no se pensó en el futuro. Ya en otra oportunidad hemos señalado que el germen de nuestro desconcierto arranca del estradismo, intensificado luego por las tendencias absorbentes del Partido Moderado. Y si se nos permite parodiaremos una frase hugoniana: "Aquello derrotó a esto".

El gobierno del general Gómez hizo algo por la conservación del nacionalismo. Más de una vez el "gesto" del general Gómez enalteció a Cuba, a pesar de que no siempre Ministros de los Estados Unidos respondieron a una franca rectitud moral. La buena obra aquella del general Gómez la destruyó con su actitud incomprensible de estos últimos y dolorosos días. El general Menocal llevó a los altos poderes de la República un bonito programa. No lo cumplió. Fuerza superior, circunstancia imprevista, necesidad de transigencia, impidieron que la Conjunción Patriótica fundiera su idealidad gobernante como consecuencia de sus promesas electorales. El doctor Cosme de la Torre, Secretario de Estado, en el período inaugural del general Menocal quiso orientar el gobierno en una extraña y nueva política. El doctor Torre derogó la concesión hecha a la compañía de Puertos de Cuba, que en nada mejoró el concepto administrativo de Cuba y que denunció ante el mundo cierta falta de formalidad en los compromisos internacionales. Y no quiere decir esto que participemos del criterio de la bondad de esa concesión que fué lesiva para el Estado y continúa siendo lesiva por cuanto el impuesto establecido no ha desaparecido.

Sucedido el doctor Cosme de la Torre por el doctor Pablo Desvernine la Secretaría de Estado—a no ser en esta época reciente—no ha mantenido una firme y bien cimentada política internacional. Hemos pensado en demasía en los Estados Unidos, y eso en vez de favorecernos nos ha perjudicado grandemente. No negamos que nosotros nos movemos en una órbita especial. Por razones históricas, de innegables realidades, la influencia de los Estados Unidos ha de ser muy fuerte en Cuba. Corresponde a nosotros que esa influencia en grado peligroso no alcance mayor importancia. Para eso nuestras decisiones han de ajustarse al más bello y más conceptuado nacionalismo. Y el más bello y conceptuado nacionalismo nuestro ha de ser siempre el procedimiento honrado, el respeto a la ley, el acatamiento al derecho de todos. Cuando en Cuba un gobierno se ajuste a determinar sus acciones dentro de una estricta justicia, el intervencionismo morirá por asfixia, por consunción, porque no tendrá razón de ser.

Por estar tan apegado a los Estados Unidos nos hemos olvidado de las otras naciones hermanas de América. Mantenemos unas relaciones "sui generis", de desdén, con las repúblicas latino-americanas. Y como por ambiciones y recelos deleznable, en la América de habla castellana no existe un verdadero y arraiga-



do sentimiento pan-americanista, vivimos alejados, confinados en el recuerdo de un pueblo entregado a su propia suerte. Naturalmente, como a nadie más que a nosotros interesa que la personalidad nacional de Cuba se destaque, se hace urgentemente indispensable que se atraigan las simpatías de los demás pueblos de América, siquiera para que sepan que aquí amamos la independencia y la libertad con el mismo fervor que ellos.

Nuestros representantes diplomáticos y consulares deben obedecer a una orientación consciente de responsabilidades. No podemos emborracharnos con una verbosidad recitadora. Es preciso que el Ministro al estrechar relaciones de cordialidad produzca un resultado práctico. No como nos pasa con España que después de muchos testimonios de afectos y de sentida compenetración de anhelos, el gobierno español impone a la entrada de nuestro tabaco el pago del impuesto en oro. Política fiscal que no se ajusta a las recíprocas protestas de inteligencia que se dicen conseguidas por el doctor Mario García Kohly.

En cuanto a los Estados Unidos no se debe mover nuestra soberanía al gusto yankee. Sin quijotismo, sin protestas risibles, el nuevo gobierno ha de demarcar los derechos de cada uno de los dos pueblos, el del poderoso y el del débil. Por encima de toda fuerza, por avasalladora que sea, existe una moral. Y esa es la que debemos enfrentar al imperialismo norteamericano. Es conveniencia nuestra ser amigos de los grandes vecinos del Norte; pero es conveniencia de ellos respetarnos. Esa política internacional de habilidad y de atracción es la única que debemos desarrollar, bien entendido que no hay ni pueblos ni razas superiores. Así conquistaremos a la Cuba cubana del porvenir.

*El Mundo
abril 30/921*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA